

no formareis ningun lazo entre Alemania y Austria. El resultado de vuestra conducta producirá la mayor indignacion en Alemania. Aquí ya lo han dicho antes el señor Wurth y otros hombres honorables, que creían contrario á su honor hacernos perder con sus votos el Estado federal y el parlamento, si el Austria no quisiese dárnoslos; pero haced lo que queráis, nosotros estamos aquí ante Dios, ante la patria y ante la historia; la historia conservará los nombres de los que salveren la patria y los de los que la pierdan.»

El ponente Gabriel Riesser resumió el debate de cinco dias y tambien se dirigió con palabras conmovedoras á los diputados austro-alemanes, no á los que consideraban la constitucion austriaca como salvacion del Austria sino á los adversarios de la Alemania federal sin el Austria. Riesser intentaba hacer triunfar el espíritu alemán en Austria. «Se cree que si se seca el rio de la vida en Alemania llegará á adquirir poder un arroyuelo derivado en el Austria alemana? Si tan desesperada fuese la situacion de las cosas en Austria como muchos consideran, ¿qué se ganaría si, como el hombre que se ahoga, se asiese de un amigo y se hundieran los dos? Déjenosen libres el brazo y el alma; déjenosen buscar los instrumentos de salvacion á fin de que segun las peripecias de la historia podamos alargar al Austria una mano salvadora, pues la vida de los pueblos no se cuenta por semanas ni por meses.» El orador preveía lo que iba á suceder, pero ni él ni sus amigos desesperaron de la creacion de una patria alemana, y así dijo: «Cuando los romanos renunciaron al destino y á la libertad de la patria fué solo con el último aliento de su vida suicidándose. Cuando Kosciusco pronunció las memorables palabras: *Finis Polonia!* habia perdido la batalla y se encontraba bajo los cascos de los caballos enemigos. La fruicion con que ahora algunos tunantes desesperan de la suerte de la patria es uno de los espectáculos mas repugnantes del momento actual. Por esto, señores, aunque no fuese aceptada nuestra proposicion, no nos cansaríamos, por muy bajas que estén nuestras esperanzas, de llevar artículo tras artículo como grano de arena tras grano de arena, segun dice el poeta, para construir la eternidad. Cuando la peña, que ya creíamos haber llevado á la cima, rueda con estrépito atronador por la montaña abajo hasta caer á nuestros piés, la volveremos á levantar y trataremos de llevarla otra vez hácia arriba, hasta que se despierte el genio de la patria, rompa sus ligaduras y nos libre del trabajo ingrato é inútil.»

La proposicion Welcker fué desechada por 283 votos contra 252, por efecto de los votos de los austriacos; por eso los del partido favorable á un emperador hereditario dijeron: «Los austriacos han votado la perdicion de la patria.» Sin embargo, pocos dias despues los partidarios del emperador hereditario obtuvieron la victoria.

En la sesion del 28 de marzo de 1849, por 290 votos contra 248 que se abstuvieron de votar, fué nombrado el rey de Prusia, Federico Guillermo IV, emperador hereditario de los alemanes. El presidente Simson dijo, al publicar el resultado de la eleccion, «que el príncipe alemán que repetidas veces se habia pronunciado en términos inolvidables á favor de la causa alemana, á la cual habia llamado su preciosa herencia materna, mostraria á la sazón que era el escudo de la unidad, de la libertad y de la grandeza de la patria, ya que le habia puesto á su cabeza una asamblea resultado de la voluntad de toda la nacion, como nunca se habia visto ninguna otra en Alemania. Que nuestro noble pueblo alemán realice las palabras del poeta cuya cuna hace casi un siglo se meció en esta ciudad imperial: «No está bien á los alemanes impulsar el terrible movimiento sin objeto verdadero oscilando de una parte á otra. Lo que es nuestro digámoslo unos á otros y consolidémoslo.»

«Dios sea con la Alemania y con su emperador recién elegido.»

Al pronunciar estas palabras resonó un triple viva en la asamblea y en la galería. Hubo repique de campanas y salvas de artillería.

El día 3 de abril recibió el rey de Prusia al presidente Simson acompañado de 32 diputados de la asamblea, en su palacio de Berlin, y les dió la siguiente contestacion, que transcribimos literalmente: «Señores: El mensaje que ustedes me traen me ha conmovido profundamente y ha dirigido mi atencion al Rey de los reyes y á los deberes sagrados é inviolables que me incumben como rey de mi pueblo y como uno de los príncipes mas poderosos de Alemania. Esta mirada, señores, despeja la vista y da seguridad al corazón. Reconozco en la resolucion de la asamblea nacional, que ustedes me comunican, la voz de los representantes del pueblo alemán. Este llamamiento me da un derecho cuyo valor sé apreciar, es un llamamiento que si le sigo exige de mí sacrificios incommensurables y me impone los deberes mas difíciles. La asamblea nacional alemana ha contado ante todo conmigo cuando se trata de fundar la unidad y el vigor de Alemania. Respeto su confianza y expresen Vds. á la asamblea mi gratitud. Estoy pronto á demostrar con hechos que no se han equivocado los hombres que apoyan su confianza en mi adhesion, en mi fidelidad y en mi amor á la patria alemana comun; pero, señores, faltaria á la confianza que ustedes han puesto en mí; no corresponderia al sentido del pueblo alemán; no crearia la unidad de Alemania si, violando derechos sagrados y faltando á mi promesa expresa y solememente dada, tomara sin el acuerdo libre de las testas coronadas, de los príncipes y de las ciudades libres de Alemania, una resolucion que para ellos y para los pueblos que gobiernan ha de tener consecuencias trascendentales.

«A los diferentes gobiernos alemanes toca, pues, ahora examinar en comun si la constitucion conviene á cada uno y á la totalidad; si los derechos que se me confieren me ponen en situacion de dirigir con mano fuerte, como es menester, los destinos de la gran patria y de cumplir así las esperanzas de los pueblos alemanes.

«De todos modos, lo que ustedes pueden considerar seguro y publicar en todas las comarcas alemanas es que acudiré, aun sin llamamiento, con el escudo y la espada alemanes cuando se necesiten contra enemigos interiores y exteriores. Entonces marcharé por la senda de mi familia y de mi pueblo, es decir, por la senda del honor y de la fidelidad alemanes.»

Lo que el rey decia en esta contestacion tocante á la constitucion del imperio equivalia á decir que no aceptaba incondicionalmente la corona. La asamblea nacional consideraba su constitucion, adoptada en dos lecturas, como ley del imperio definitivo, y el rey de Prusia la consideraba solo como un proyecto, ó mejor dicho, como una exposicion hecha á los diferentes gobiernos, que debian juzgar hasta dónde querian reconocerla como ley; y habiéndose hecho la eleccion del emperador sobre la base de esta constitucion, resultaba que no reconociéndose la constitucion quedaba la eleccion rechazada. Este modo de ver fué expresado por el presidente Simson en una declaracion que en 4 de abril entregó á nombre de toda la comision al ministerio prusiano.

La constitucion del imperio alemán del 28 de marzo de 1849 y la asamblea que la habia adoptado eran una obra revolucionaria. ¿Era este trastorno solo el motivo de una constitucion nueva, ó era tambien el origen de un derecho nuevo? Aceptando la constitucion nueva se contestaba afirmativamente á esta pregunta; pero el rey Federico Guillermo IV era hombre del derecho antiguo; creeria faltar á todo

lo que le era sagrado como cristiano y como rey si renegara del derecho antiguo y se sometiera al derecho nuevo de la revolucion, obligándose además á someter á este mismo derecho á todos los demás soberanos, que lo eran como él por la gracia de Dios. En 13 de diciembre de 1848 el rey de Prusia habia escrito á su amigo íntimo Josías Bunsen: «Usted dice (literalmente como me lo ha dicho el señor de Gagern el 26 y 27 del mes próximo pasado) que quiere el asentimiento de los príncipes; muy bien, esto lo tendrá V.; pero carísimo amigo mio, ahí está el punto de la dificultad, pues yo ni quiero *el asentimiento de los príncipes ni esta corona*. ¿Comprende V. bien las palabras subrayadas? Me explicaré pronto y tan claramente como pueda. Primero, esta corona no es ninguna corona. La que podria aceptar un Hohenzollern, si las circunstancias pudiesen hacerlo posible, no es una corona fabricada por una asamblea revolucionaria, aunque se haya instituido con el consentimiento de los príncipes; no es una corona de las calles, por el estilo de la de Luis Felipe, sino una corona que lleve el sello de Dios, que haga al que la lleve, despues de ungido, soberano *por la gracia de Dios*, como son los treinta y cuatro príncipes-reyes de Alemania. La corona que llevan los Oton, los Hohenstaufen y los Habsburgos la puede llevar tambien un Hohenzollern, al cual dan prestigio sus diez siglos de gloria; pero la corona de que habla V. deshonor á los Hohenzollern con su hedor de carnaza de la revolucion de 1848; la revolucion mas necia, mas tonta y pésima, aunque gracias á Dios no la mas perversa del siglo. ¿Habria valor para ofrecer semejante corona imaginaria, hecha de lodo y barro, á un rey legítimo por la gracia de Dios, y lo que es mas, á un rey de Prusia, que tiene la bendicion de llevar, si no la mas antigua, la mas noble corona y que á nadie la ha robado? Ponga V. la mano sobre su corazón, querido Bunsen; ¿qué haria V., usted, antiguo miembro de la diplomacia prusiana y mi verdadero consejero secreto, es decir, persona revestida del grado de alta nobleza; qué diria V. y qué haria V. si, vuelto á Corbach, fuese nombrado excelencia por la asamblea soberana del país de Waldeck? Ahí tiene V. la semejanza fiel de mi situacion enfrente de Gagern y de su fraccion. Usted escribira muy cortésmente á la asamblea soberana de Waldeck: Ustedes me quieren dar lo que no quieren dar y lo que yo ya tengo de la mejor calidad posible. Así contestaré yo tambien.... Yo le digo á V. rotundamente que si la corona que por espacio de mil años ha existido en el imperio alemán se me concediera despues de no haber sido llevada por nadie durante cuarenta y dos años, ni yo ni los míos, que piensan como yo, la aceptaríamos; ¡y ay de aquel que se atreva á tomar lo que no le corresponde (1)!»

En el mismo sentido escribió el rey en marzo de 1849 á Arndt: «¿Es una corona el engendro del año 1848 en sus terribles dolores de parto? La cosa de que hablamos no lleva el signo de la santa cruz; no imprime el sello de la *gracia de Dios*; no es corona ninguna; es el collar férreo de la servidumbre que haria esclavo de la revolucion al hijo de mas de veinticuatro soberanos, príncipes electores y reyes; al jefe de diez y seis millones, cabeza del ejército mas valiente y mas fiel del mundo. Léjos esto de mí.» A esta carta aludió el rey cuando Beckerath le suplicó en 20 de marzo que aceptase la dignidad imperial, y á su contestacion añadió: «Si V. lee sin prevencion, lo que Dios quiera, mi escrito, encontrará en él el lenguaje del hijo del rey, del rey por la gracia de Dios, el lenguaje de la fidelidad firmísima del soberano del país,

(1) Ranke: «Correspondencia de Federico Guillermo IV con Bunsen.» reproducida en la obra de Ranke, publicada por Dove: *Datos para la historia de Alemania y Francia en el siglo XIX*, Leipzig, 1887.

del honor, del jefe de ejércitos. Yo me encuentro en situacion bastante superior á la revolucion para dominarla con la vista y distinguir lo que tiene de puro y de abominable. En Francfort no es posible dominarla con la vista, porque se está en medio de la revolucion; mas para un espíritu que venera y ama á Dios como el de V., estimado Beckerath, todo eso es posible. Por tanto hay que estar alerta, y así los que no han perdido su privilegio sagrado de cristianos no confundirán el limo rojo con la pura corriente. Este rio ha de ser desecado si se ha de salvar la Alemania de la putrefaccion. No se vence al diablo rindiéndose á él. El peligro del momento es grande si se acepta la proposicion de Welcker, enemigo de la Prusia; por eso haga V., querido Becke-



Carlos Welcker
(de una litografía de Schertle, copia de la fotografía de Biow)

rath, lo que pueda para impedir tan grave mal. Este es el deber mas sagrado de V. y de sus amigos en este momento. No temo á los rojos, á estos les harán caer la cruz y el grito: Aquí de la espada de Dios y de Gedeon.» Estas últimas palabras se referian al temor muy generalizado entonces y que Beckerath habia expresado al rey en estos términos: «Seria terrible el golpe que recibiria la nacion con un *no* de la boca de V. M. Terrible seria tambien la responsabilidad de la catástrofe que entonces podria ocurrir.»

Bunsen tambien temió un estallido de la indignacion nacional por un lado y de la pasion anárquica por el otro, y dijo al rey: «Aceptar seria el fin del principio; no aceptar seria el principio del fin.» El rey, sin embargo, no se dejó extraviar por el temor de no poder dominar con las armas otro levantamiento; para él era mayor el mal de reconocer el nuevo derecho de la revolucion en lugar del antiguo orden instituido por Dios.

Para el rey de Prusia era un derecho incontrovertible del Austria la jefatura de la confederacion. En una carta del 11 de enero de 1852, con posterioridad á los sucesos, dijo que ya el año antes de soltarse á Satanás, es decir, en 1847, le habian excitado á ponerse á la cabeza de Alemania y que habia contestado que él ni podia, ni queria, ni obraria nunca contra el Austria, que era el Estado mas poderoso de Alemania, y que en todos los cambios de constitucion de la con-

federacion tenia el Austria derecho al primer puesto. A esta promesa habia quedado fiel el rey en todos los sucesos ocurridos; reconoció al administrador del imperio, pero no reconoció, antes bien combatió, todo lo que el partido nacional en Francfort hizo contra el Austria y en favor de Prusia. ¿Cómo podria haber faltado á la sazón á su promesa cuando el imperio austriaco habia salido del peligro y habia reco-



Josias Bunsen
(copia del cuadro de Richmond, hecho en 1847)

brado la fe en su porvenir? En la circular del 23 de enero, que ya conocemos, fué saludada con júbilo la vuelta del imperio de Austria á figurar en el número de las potencias vivas, y cuando el rey de Prusia hizo depender su resolucio-
de la de los soberanos de Alemania, pensó mas que en ninguno en el emperador de Austria, que ya se sabia que jamás toleraria que se nombrara emperador hereditario á un rey de Prusia. El rey de Prusia no cambió de opinion, como se ha dicho tantas veces.

Ninguna persona que reflexione dudará tampoco que si el rey de Prusia hubiese aceptado la corona imperial de Ale-



Moneda de la ciudad de Francfort, del año 1849

mania, habria tenido que sostener una guerra con Austria y que en esta guerra el Austria habria tenido de su parte á la Rusia, como la tuvo contra los húngaros en la guerra de 1850; esto sin hablar de la Baviera ni del Wurtemberg. Sin examinar si la Prusia habria sido bastante fuerte para entrar en semejante guerra, si su ejército estaba en mejor estado que el ruso y el austriaco, diremos solo que Federico Guillermo IV no tenia la fuerza de espíritu y de voluntad ni el carácter de héroe necesarios para tal empresa, y él lo sabia

muy bien. Pero por esto no habia de rechazar andando el tiempo la corona de Alemania, porque lo que á él le faltaba lo tenia su hermano el príncipe Guillermo, que era guerrero de los piés á la cabeza, y esto lo sabian tanto el rey como todos los generales de su ejército. El conocimiento de su propia incapacidad no le detuvo á Federico Guillermo para desenvainar la espada prusiana donde le pareció necesario, y así hizo marchar al general Wrangel contra los dinamarqueses y al príncipe Guillermo contra la revolucion de Baden. Del mismo modo los habria enviado contra los austriacos y rusos con entera confianza en su fidelidad y pericia, si se hubiese propuesto el objeto político que no se podia alcanzar sin el empleo de medios militares; pero justamente esta voluntad era la que le faltaba.

Si hubiese aceptado el cargo que le ofrecia la asamblea nacional de Francfort habria quedado obligado á hacer reconocer de grado ó por fuerza la nueva constitucion del imperio. Para esto se necesitaba cuando menos que estuviera de acuerdo con ella y que la quisiese; pero no era así: Federico Guillermo abominaba y condenaba esta constitucion como una obra de Satanás. No queria el Estado federal con su emperador hereditario, ni la separacion del Austria, y por eso no aceptó. Los que han lamentado su resolucio-
que habia renunciado á un derecho que pertenecia á la Prusia, y á un aumento de poder que le habria facilitado el cumplimiento de su mision nacional; pero todo esto era ilusion, porque la asamblea no podia darle ningun derecho ni ningun poder que no tuviera. Para ser jefe de Alemania no necesitaba el rey de Prusia mas poder que el que tenia, basado sobre hechos á favor de la Alemania; el parlamento solo podia reconocer este poder si el rey de Prusia lo hubiese querido hacer valer.

En cambio era importantísimo que ningun rey de Prusia debiese la corona imperial de Alemania á un partido revolucionario, como lo dijo en la segunda cámara prusiana un diputado en la sesion del 21 de abril de 1849, justificando al monarca por no haber aceptado la dignidad imperial. «Si el rey la aceptase, dijo el diputado, veriamos muy pronto á los radicales puestos delante del nuevo emperador y le preguntarian con el escudo de armas del imperio en la mano: ¿Crees tú que esta águila se te ha regalado? Yo creo contrario á nuestra mision el complicar la cuestion alemana en el momento en que la Europa principia á despertarse del atontamiento de la revolucion; seria contrario á nuestra mision el prestar nuestro apoyo á las pretensiones soberanas de la asamblea de Francfort, que se ha equivocado en un año. Yo creo que si negamos nuestro apoyo á estas pretensiones se encontrará la Prusia en mejor estado para traernos la unidad alemana por el camino empezado. No temo los peligros que esto nos podria acarrear porque el derecho está de nuestra parte, y aunque los peligros fuesen diez veces mayores que la intentona de Hecker, no los temo. En el peor caso prefiero que la Prusia quede siendo simplemente la Prusia á ver que mi rey baja á ser vasallo de los correligionarios políticos de los señores Simon y Schaffrath. Como rey de Prusia estará siempre en la situacion de dictar leyes á Alemania y no de recibirlas de otro. La corona de Francfort podrá ser muy resplandeciente, pero se ha querido obtener el oro que le presta brillo deritiendo la corona de Prusia, y no tengo confianza en que la fundicion dé un buen resultado.»

El diputado que habló así era Oton de Bismarck Schonhausen.

LIBRO TERCERO

LOS GOBIERNOS MONÁRQUICOS VUELVEN Á COBRAR VIGOR Y SE TRANSFORMAN

CAPITULO PRIMERO

EL PRÍNCIPE LUIS NAPOLEON BONAPARTE

Desde el 24 de febrero de 1848 habia otra vez república en Francia, pero á esta república le faltaba lo principal, á saber: los republicanos, y por eso no pudo conseguir que el país, enteramente monárquico, se volviera republicano. Si la Francia se hubiese hallado en el estado en que se halló en vísperas de la gran revolucion de 1789, el derrumbamiento del trono habria significado la cesacion de todo gobierno; habria estallado una anarquía general; pero desde el advenimiento del general Bonaparte á la dignidad de primer cónsul poseía la Francia un gobierno centralizador, como los gobiernos monárquicos; y este gobierno apoyado por un poderoso ejército activo mantuvo el orden y la paz general en los departamentos, sin curarse de quién triunfaba en la capital en la lucha por el poder supremo. El gobierno centralizador instituido en Francia marchaba aunque le cambiasen la cabeza, y aun marchaba temporalmente sin cabeza.

Para formar una idea del gobierno de los once hombres que se habia constituido en la noche del 24 de febrero por su propia autoridad en el palacio del ayuntamiento, basta pasar revista á lo que hizo desde el 25 hasta el 29 de febrero.

El 25 ordenó que en los colores nacionales cambiasen de puesto el blanco y el encarnado. Se abolió el tratamiento de señor y señora y se introdujo en su lugar el de ciudadano y ciudadana. Además fueron desligados de sus juramentos los empleados del gobierno.

El 26 de febrero el nuevo gobierno hizo escribir en todas las paredes y en todas las banderas las palabras: Libertad, Igualdad y Fraternidad; cambió los nombres de las calles y plazas públicas de Paris en sentido republicano y se puso un lazo encarnado en el ojal de la levita en señal de gratitud por la última revolucion.

El 27 de febrero hizo plantar los árboles de la libertad y abrir los clubs.

El 28 de febrero cambió los nombres de los colegios de Paris y los títulos de los jefes militares.

El 29 de febrero abolió los títulos nobiliarios antiguos y prohibió usarlos (1).

En el seno de este gobierno provisional se hacian la guerra dos clases de repúblicas, pero que nada cambiaban en el orden social existente, y además existia el socialismo, que por primera vez trató de ser legislador de un gran país.

Habia la república roja, en la cual Ledru-Rollin pensó fun-

dar con los medios de 1793 la tiranía de la libertad; y contra esta república luchaba la república honrada de Lamartine. En esta lucha contra los malos espíritus de la primera república, contra el dominio del populacho y el fanatismo de los demagogos, aquel poeta de alma tierna mostró el arrojo y el vigor de un verdadero héroe.

El socialista Luis Blanc siguió un camino particular, que nos describe él mismo en su *Historia de la revolucion de 1848*.

Por la mañana del 25 de febrero, despues de una noche de espanto, los once individuos del gobierno provisional vieron penetrar en el salon de sesiones un obrero armado, flaco como un aparecido, lívido como la muerte, que, dando con la culata del fusil en el suelo y señalando con ademán de mando la multitud del pueblo reunida en la plaza, pidió el reconocimiento del derecho al trabajo en favor del pueblo. Luis Blanc dice que en el primer momento quiso despedir á aquel hombre como su insolencia merecia; pero meditando mejor se alegró de esta presion de la parte del pueblo, que tanto apoyaba sus ideas sin que él mismo tuviese responsabilidad. Lamartine empezó un discurso muy largo y muy bello para hacer marchar al intruso, que se llamaba Marche, pero éste, despues de escuchar un corto rato, dió por segunda vez con la culata contra el suelo y dijo: «¡Basta de palabrería!» Entonces se levantó Luis Blanc y se dirigió con el obrero al alféizar de una ventana, donde redactó á su vista un decreto al cual Ledru-Rollin añadió el final. Este decreto decia:

«El gobierno provisional de la república francesa se obliga á garantir al obrero la vida por medio del trabajo; á garantir el trabajo á todos los ciudadanos, y reconoce que los obreros deben formar sociedades para asegurarse el fruto de su trabajo. El gobierno provisional da á los obreros el millon vencido de la real casa y que pertenece á los obreros.»

Ocho años antes habia publicado ya Luis Blanc un proyecto de organizacion del trabajo por el Estado para acabar con el pauperismo de la clase obrera. El decreto redactado á la sazón por Luis Blanc obligó al gobierno de Francia á emplear todos los recursos del país en su realizacion. La república se encargó, como república socialista, de la mision gigantesca de la reforma social.

Tres dias despues, el 28 de febrero, cuando el gobierno provisional estaba congregado en la casa del ayuntamiento, se presentó otra vez una inmensa procesion de obreros en la plaza con gran número de banderas que decian: *Ministerio del Trabajo, organizacion del trabajo*. Subió una comision de los obreros, y entonces Luis Blanc pidió que se concediera el ministerio del Trabajo que el pueblo pedia y que solo podia ser confiado al mismo Luis Blanc. Lamartine se opuso con gran violencia, diciendo que el gobierno provisional no

(1) Granier de Cassagnac: *Histoire de la chute de Louis Philippe et de la republique de 1848*, tomo I, págs. 286-287.